

WOLFRAM AICHINGER

ENFANTS ET RIRES, RICHESSE DE PAUVRES.

UN AMA DE CRÍA LE CANTA LAS CUARENTA AL REY FELIPE IV DE ESPAÑA¹

Universität Wien
wolfram.aichinger@univie.ac.at

Señor, yo tengo tres hijos, los más lindos que hay en la Corte, criados a mis pechos, luciéndoles mi leche y cuidado; cuando lloraban los mecía, y con mi saliva les curaba las paperas y granos; dormían a mis pechos, dándoles, como dicen, carona; comía a mis horas sazonado. (Barrionuevo IV, 166-167, 5 de junio de 1658)

El testimonio es de una madre del siglo XVII; evoca una dulce aurora de la vida, que transcurre sobre el seno de la madre durmiendo colmado de su leche; madre que, además, es capaz de curar afecciones con su propia saliva aplicando la sabiduría popular. La felicidad de un bebé, según parece, no es exclusiva de nuestra época moderna ni de otra cultura o tiempo. Se puede dar en cualquier momento y lugar si concurren las condiciones que la hagan posible.

Ahora bien, esa misma madre vuelve a dar el pecho en circunstancias muy diferentes: el niño que amamanta es débil, enfermizo, sufre calenturas y ataques epilépticos desde los primeros momentos de su vida que —a pesar de la continua preocupación de todo un gremio médico— no llegará a los cuatro años de edad. El ambiente es tenso, agitado, desasosegado.

¹ Revisado por Fernando Sanz-Lázaro y Marie-France Morel. Publicado como parte del proyecto FWF *The Interpretation of Childbirth in Early Modern Spain* (FWF Austrian Science Fund, P32263-G30).

La madre y nodriza en cuestión, una tal María Suárez, protagonista de este apunte biográfico, fue contratada por la Casa Real en 1658 para amamantar al príncipe Felipe Próspero, cuyo nacimiento el 28 de noviembre de 1657 había causado tanto alborozo y alegría en una corte que llevaba 28 años esperando la llegada de un heredero varón. Velázquez pintó a este niño cuando todavía no había cumplido dos años de edad; el retrato, desconsolador, se exhibe en el Kunsthistorisches Museum de Viena. El infante murió el 1 de noviembre de 1661.

María Suárez no fue la primera mujer que nutrió con su propia leche al príncipe. La precedieron en el puesto Juana de Alarcón, activa de noviembre 1657 a mayo de 1658, Ángela de Ayala en mayo de 1658 y Juana de Chávez, en abril y mayo de 1658 (Gacho Santamaría 114-115).

La primera de ellas, Juana de Alarcón, estuvo presente en el bautismo del príncipe, a las dos semanas de su nacimiento. La belleza y lozanía de esta mujer, rebosante de salud y de leche, impresionó y dio pie a que se la considerara candidata ideal para transmitir salud y buenas cualidades al niño. “Es mujer de un platero”, comenta Jerónimo de Barrionuevo, “de veinticuatro años, hermosa como el sol, y se llama Doña Juana” (III, 424, 17 de diciembre 17 de 1657).² En la ocasión Juana recibió atenciones y regalos de considerable valor de parte de la familia real y de los poderosos de la corte (Barrionuevo III, 423-424).

No faltaron en la corte expertos en materia de leche materna, expertos que sabían distinguir el espesor del valioso líquido que mejor correspondía a las diferentes fases del desarrollo del niño. Estos intentaron mejorar aún más la calidad de la leche prescribiendo a la ama rutinas de ejercicios. Al referir la presencia de Juana de Alarcón en la ceremonia del bautismo, Jerónimo de Barrionuevo da dos indicaciones al respecto: “[...] se llama Doña Juana, y la leche con su apacibilidad se conforma, de suerte que no hay más que pedir ni desear” y “hácenla bracear y hacer camas y ejercicio moderado para adelgazar la leche” (1893, III, 424; 17 de diciembre 17 de 1657).

Pero los buenos augurios en cuanto a la relación entre el príncipe y su ama no se cumplieron. Juana fue despedida a finales de abril de 1658, y se efectuaron dos relevos más hasta que María Suárez se hizo cargo a finales de mayo del mismo año (Gacho Santamaría 114-115).

A pesar de estos cambios en la alimentación y la persona encargada de procurarla, el real lactante no evolucionó según se esperaba. En el verano de 1658 unas “paperas”, es decir, la infección viral e inflamación de las glándulas salivales causaron calenturas al infante y tuvieron a toda la Corte “con harto cuidado” (Barrionuevo 1893, IV, 165, 5 de junio 5 de 1658). Una mañana, coincidiendo con el momento más angustioso de la dolencia, el Rey entró en el cuarto del niño y

² Dice que la conoce bien porque vivió enfrente de su casa (Barrionuevo III, 424).

preguntó a la nodriza cómo había pasado el paciente la noche. Es en este instante cuando se produce la intervención de María Suárez, dirigida al *Rey Planeta*, intervención con estructura antitética, y cuya primera parte abría este texto. A continuación, se completa esta con su segunda parte:

Señor, yo tengo tres hijos, los más lindos que hay en la Corte, criados a mis pechos, luciéndoles mi leche y cuidado; cuando lloraban los mecía, y con mi saliva les curaba las paperas y granos; dormían a mis pechos, dándoles, como dicen, carona; comía a mis horas sazonado. Aquí todo me lo dan sin especias, sazón ni sal; paso las noches desvelada, y si he de reposar, es fuerza retirarme a un camaranchón; la que se le antoja, me levanta las faldas registrándome si me ha venido el achaque; la baraúnda y bullicio es grande; la leche, con tantas zozobras, no es posible sea la que es menester. Esto es lo que pasa y que parece no tiene remedio: de mi parte hago lo que debo, y no me falta más que el acierto de servir a Vuestra Majestad, con que en todo tiempo me daré por contenta y pagada. (Barrionuevo IV, 166-167, 5 de junio de 1658)

El ama de cría se queja de la falta de sosiego, de órdenes que le parecen improcedentes —como la de obligarla a dormir separada del niño—, del recelo y de la desfachatez con que se atenta contra su intimidad y del control a que quedan sometidos su cuerpo y una eventual vuelta de su ciclo menstrual. La vida y la supervivencia del príncipe se han convertido en preocupación principal de la corte de Madrid, y en ella están implicados desde la familia real, pasando por médicos y ayas, hasta camareras, mayordomos y criadas, y de continuo atraen la curiosidad de los parientes de otras cortes europeas o de los embajadores, cuyos amos ven como la existencia de un heredero español pone en peligro sus intereses y aspiraciones.

No sabemos por qué canales llegó el exabrupto de la nodriza ante su amo y señor a los oídos de Jerónimo de Barrionuevo, si este escuchó los chismorreos habituales de la corte o fue por otros medios, ni tampoco si fueron exactamente esas palabras las que pronunció María Suárez. Barrionuevo asegura que fue así, que “[e]s cosa cierta todo cuanto aquí digo, y que el ama no es nada boba” (1893, III, 167, 5 de junio de 1658). Es de suponer que la franqueza de la nodriza causó cierta sorpresa en una corte donde regían las leyes del secreto, de la disimulación y de la adulación. De no haber sido así, Barrionuevo no la hubiera consignado en sus *Avisos*. La frase que pone como colofón a su noticia deja entrever que suscribe las palabras y la visión del ama de cría.

De hecho, las personas encargadas de procurar la salud del niño se veían ante una tarea casi imposible de resolver. Los sucesivos matrimonios endogámicos de los Austria habían hecho improbable desde el mismo momento de la concepción el nacimiento de un niño sano. Este es un tema harto comentado sobre el que no hace falta volver, pero querría destacar un aspecto relacionado con este que todavía no se ha estudiado mucho. La trágica historia de los nacimientos en la casa de Austria tiene

un efecto colateral de interés para la historia de la obstetricia y de la puericultura. Cuanto más disminuía la vitalidad de los Austria, tanto más aumentaban los esfuerzos por compensar la debilidad genética con cuidados extraordinarios. La selección de la comadre o de la nodriza se convierte en asunto tratado en la cúspide del poder por reyes, embajadores o reinas viudas. La comadre de Mariana de Austria goza de fama internacional y muere dueña de un patrimonio envidiable, el ama de cría deslumbra a la corte con su belleza y frescura. Solo se escoge lo más granado, el precio no importa. Las amas más exitosas del siglo mantuvieron una estrecha relación personal con sus hijos de leche; conocido es el caso de Doña Ana de Guevara, nodriza de Felipe IV (Gacho Santamaría 90). Al mismo tiempo, igual que estos personajes eran agasajados, vivían expuestos al riesgo de la repentina caída en desgracia. Donde el nacimiento se ve rodeado de grandes preocupaciones, cada acto, cada gesto recibe especial atención. Toda persona implicada — comadres, amas de cría, ayas, médicos— se mueve en el foco del interés público. Cuanto más se complica su misión, tanto más se premian los logros, pero en igual medida aumenta el riesgo de ser culpado por desastres que ni el ama de cría más sana y responsable hubiera podido evitar.

Al historiador, empero, estos infelices casos de los últimos príncipes de España de la casa de Austria le permiten reconstruir escenarios de la vida privada de valor testimonial excepcional. A las comadres y a las nodrizas se les dedican párrafos enteros en cartas, páginas de diarios personales o actas notariales. El caso difícil provoca voces que en circunstancias más afortunadas no se hubieran alzado. El pasaje que los *Avisos de Barrionuevo* reservan a las (supuestas) palabras de María Suárez es un buen ejemplo de ello.

De las nodrizas que amamantaron a Felipe Próspero hasta su destete a mediados de diciembre de 1660, nueve en total, fue María Suárez la que más tiempo logró mantenerse en su puesto. Sirvió por el tiempo de once meses y solo fue sustituida en 1659 —no se conoce la fecha exacta—, de modo que el enfrentamiento con el Rey no parece haber tenido consecuencias y su franqueza no la perjudicó para desempeñar su oficio durante un periodo relativamente extenso (Gacho Santamaría 115).

Escribe Gacho Santamaría que “se le concedió en 1660 una ración ordinaria de la despensa de la reina. Hacia 1686 es viuda y tiene que mantener a cuatro hijos por lo que solicita que su pensión de cuatro reales y medio pasen a una de sus hijas, Gregoria Santoyo, para ofrecerlo como dote a quien se case con ella” (115).

BIBLIOGRAFÍA

Barrionuevo, Jerónimo de, Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658), tomo III, ed. A. Paz y Mélia, Madrid, M. Tello 1893.

Barrionuevo, Jerónimo de, Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658) y apéndice anónimo (1660-1664), tomo IV, ed. A. Paz y Mélia, Madrid, M. Tello 1893.

Gacho Santamaría, Miguel Ángel, “El Museo de Selaya. Las amas de cría de la corte madrileña (1625-1830)”, Boletín ANABAD, vol. 66, núm. 3, 2016, pp. 85-170.